

MI CITA CON LA MUERTE

Mi Cita con La Muerte

Un Relato

H U M B E R T O B O C A N E G R A

Derechos de autor © 2026 Humberto Bocanegra
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin permiso.

humbertob76@yahoo.com

Mi Cita con La Muerte



TENÍA siete años cuando mi abuelo falleció. Su muerte no fue nada diferente a la de otras personas de su edad. Recuerdo que mi papá mencionó, que no estaba listo para dejar ir a su padre. Mi tío Fabián lo miró, diciéndole que no debía eternizar su tristeza.

—Déjalo ir. Todos tenemos que morir algún día.

No recuerdo la contestación que le dio mi padre, pero sí estoy seguro que fue la primera vez que contemplé mi mortalidad. Las palabras de mi tío resonaban en mi cabeza.

—Todos tenemos que morir algún día.

Jamás había escuchado a alguien decir algo tan profundo. Bueno, algo bastante intenso para la mente de un niño. Mi tío acababa de decir que yo también podía morir y punto. Esas cosas no se dicen y menos se discuten en presencia de un niño. Desde ese día que mi tío lo expresó, empezó mi obsesión con la muerte.

Aunque, anteriormente había sufrido mucho por la muerte de mi perrito, ésta era la primera ocasión que perdía a un ser muy querido de la familia. Cuando mi perro había fallecido, me explicaron que el animalito se había ido a jugar con otros perritos al cielo, donde disfrutaba y se sentía muy contento. Dentro de mi inocencia veía a mi perro retozando entre las nubes, jugando con otros niños. Así hacía volar mi imaginación, cuando era niño.

Desde entonces estuve inmensamente interesado con todo lo relacionado con la muerte. Me fascinaba cómo la muerte se presentaba inesperadamente. Observaba cómo una araña capturaba a una hormiga para comérsela o miraba como un león cazaba a un búfalo en la televisión. Para mis amigos cuando veían esto, no le daban importancia, mientras para mí era fascinante. Seguía preguntándome sobre la muerte, aún de los seres vivos más insignificantes. Me interrogaba sobre el espíritu, la existencia de un cielo o sobre el lugar donde terminaban las almas de todo tipo de animalitos.

En la escuela, le pregunté a uno de mis maestros sobre el alma de los animales.

—Solo los seres humanos tienen alma —me lo dijo riéndose—. Los animales simplemente dejan de existir.

Esto me dejó muy confundido, pues esto sería como si los animalitos nunca hubiesen existido, en primer lugar.

—¿Entonces los perritos no corrían y saltaban sobre las nubes como siempre había pensado que lo hacían? Qué raro.

Tenía diecisiete años de edad, cuando fui al festejo de una prima que cumplía sus quince años de edad. Aunque la fiesta de la quinceañera era muy elegante, lo que más recuerdo fue lo que ocurrió en el estacionamiento, enfrente del salón de eventos. Durante la fiesta se desató un pleito y una balacera, donde murieron dos hombres y una mujer. Nunca había presenciado algo similar y se me hizo raro que no me afectara para nada. Al contrario, me fascinó ver a los tres cuerpos en el lugar donde cayeron, en sus últimos segundos de vida. La escena del crimen era bastante tétrica.

Los invitados de la fiesta de la quinceañera corrieron inmediatamente, huyendo lejos del lugar. Me quedé ahí, atraído por lo que había pasado y por la presencia de los cadáveres tan cerca de mí. Sentía que la muerte andaba muy cerca. De pronto percibí un vientecito bastante frío alrededor de mi cuerpo. Entonces creí haber escuchado una voz llamándome lentamente, por mi nombre.

— Porfirioooo, Porfirioooo.

Se me enchinó la piel y giré a ver quién estaba detrás de mí. Estaba totalmente solo. Los invitados que habían estado conviviendo unos minutos antes junto a los difuntos, habían desaparecido. Me dejaron solo con los cadáveres en el estacionamiento del salón de eventos.

Aunque ésta fue la primera vez que me encontré muy cerca con la muerte, para mí no fue la última. Aparecía inesperadamente, evento tras evento. Cuando extrañamente fallecían personas, yo estaba presente. Durante los siguientes trece años después de las muertes ocurridas en la fiesta de la quinceañera, sucedieron casos insólitos.

En uno de los casos, mientras esperaba el transporte público, un muchacho que estaba parado a mi lado, fue arrollado por una motocicleta, causándole la muerte. En otra ocasión, cuando yo estaba en un restaurante tomando café, una señora que se encontraba en otra mesa se desmayó. Al caerse se golpeó la cabeza en el piso, encontrando a la muerte allí mismo.

En otras circunstancias, dos amigos fallecieron cuando los arrolló el tren. Su automóvil se descompuso en el crucero de las vías del ferrocarril. Unos minutos antes, yo viajaba con ellos cuando nos paramos a comprar algunas cosas en una tiendita. Andábamos varios amigos en diferentes coches, pues íbamos todos juntos a presenciar un partido de béisbol. Después de comprar unas bebidas, me subí a un automóvil con otros amigos. Seguíamos a los primeros, cuando vimos cómo el tren los arrastró por más de un kilómetro, antes de detener su marcha. Fui testigo de las muertes de muchas personas por trece años, en trece tragedias diferentes.

Después de ser el testigo de esos acontecimientos de muertes durante todos esos años, opté por mudarme lejos del mundo civilizado. Quería

alejarme lo más lejos posible de la presencia de la muerte. Alquilé una modesta casita a las afueras de la ciudad, donde me quedé viviendo por cinco años. Durante todo ese tiempo nadie falleció cerca de mí, mientras estuve solo. Esto me dio bastante paz y tranquilidad. En ese entonces era un hombre soltero y vivía sin compromiso alguno. Pero la soledad tiene su lado negativo.

Al encontrarme completamente aislado, no tenía noción de las noticias diarias. Desconocía lo que estaba pasando en el mundo o de las tragedias inmediatas a mi círculo social. Un domingo decidí distraerme en el centro de Guadalajara, por lo que reservé un cuarto en un hotel. Empaqué mis cosas en una maleta para pasar una semana en ese lugar.

En el lobby del hotel recogí un periódico, pues tenía ganas de estar al tanto sobre los acontecimientos recientes. Cuál sería mi sorpresa, al leer sobre un temblor y el fallecimiento de muchas personas en la capital. Quedé conmovido al ver las fotos de aquella tragedia, donde las personas habían perdido casi todo.

En las entrevistas hechas por los reporteros, algunos sobrevivientes expresaban el dolor que sentían, preguntándose: ¿por qué Dios no me llevó a mí, en lugar de a mi padre, madre, hijo o algún otro ser querido? Los dolientes pensaban que la muerte se había equivocado, llevándose a su ser amado por error. Tal vez pensaban que el difunto podía contribuir mucho más al mundo que ellos. Pero esto no cambiaban los hechos. La calaca o la flaca siempre escoge a quién llevarse y punto, esté listo o no.

Esto cambió mi forma de ver la vida. No entendía por qué a veces la muerte escogía llevarse a personas responsables y buenas, dejando atrás a gente insensata e ignominiosa. No parecía tener orden ni lógica en su proceder.

Mientras recorría las calles, terminé entrando por casualidad en un mercado típico de Guadalajara. En su interior recorrí pasillo tras pasillo, donde encontré puestos de comida, los cuáles saturaban el espacio con sus ricos aromas. Los puestos tradicionales de frutas y verduras, ofrecían sus productos a precios muy bajos. En los locales que más me sedujeron, vendían supuestos remedios para todo tipo de enfermedades, dolores y males. Para ésto ofrecían yerbas, hojas y herbolaria en general, para resolver males de amor y de suerte encontrabas velas y jabones. Observé efigies que personificaban a un sinnúmero de santos. En fin, hallabas todo tipo de tratamientos y remedios para cualquier cosa que pudieran afectar a un cristiano, inclusive hasta para su muerte.

Un puestecito de una hierbería, ofrecía una escultura que personificaba a la muerte.

—La efigie es conocida como La Santísima Muerte —me explicó el vendedor—. Usted le reza y le pide por su protección contra el mal y ella lo resguardará contra la muerte.

Para mí, la explicación carecía de logicidad o sentido, por lo que me causó risa. El propietario ofendido, me exigió que me retirara de su puesto. En ese momento decidí salir del mercado, para salir del aprieto. Me retiré hasta la esquina de la cuadra.

En ese lugar había varias personas esperando el transporte público que los llevaría a sus puntos de destino. La efigie de la muerte me daba vueltas en mi mente. Al acercarme a la esquina vi a un hombre recargado en un poste. Éste portaba un traje negro sin corbata. Era hombre bastante guapo, maduro, y su mirada de un hombre intenso. Al aproximarme sonrió, por lo que le devolví la sonrisa.

—¿Qué es tan gracioso? —me preguntó el hombre—. Veo que te vienes riendo desde que saliste del mercado.

—Fíjate, puedes creerlo. Estaba en un puesto dónde venden ídolos de la muerte, el vendedor me explicó que si le rezaba unas oraciones a una de estas efigies me protegería de sí misma. Nunca había escuchado algo tan tonto. No es posible que la muerte exista como una santa, simplemente es una ocurrencia. Ella nos visitará a todos en un futuro, ninguna vela u oración le va a impedir su llegada.

—Deja que crean lo que quieran. Eso no le hace daño a nadie, pero quizás les dé paz y tranquilidad.

—¿Piensas tú que la muerte los escucha y les da protección?

—No importa lo que yo piense, lo que es importante es que ellos lo crean. De una cosa si estoy seguro, es que este fin de semana no va a morir nadie. Durante los próximos días, el mundo va a tener un fin de semana sin la muerte.

Estas palabras del hombre me perturbaron. No entendía lo que me decía y tampoco concebía porqué lo decía.

—¿De qué me hablas, amigo? Lo que acabas de decir sería increíble y poco probable. La muerte recorre todo el mundo día tras día, llevándose un gran número de personas para el otro lado.

El hombre me miró, para repetir lo que ya me había dicho un minuto antes.

—Este fin de semana no morirá nadie. Ya te lo dije.

Me sorprendió en la manera en que lo expresó. Pensé que quizás era un hombre religioso o tal vez un vidente. Recuerdo que esto sucedió temprano en la mañana de un viernes. Para evitar una discusión, no me despedí del señor y subí al autobús que me llevó de vuelta al hotel.

Encendí el televisor para ver el noticiero. La noticia del día era sobre un avión que se había estrellado en un punto del litoral costero en el estado de Jalisco. La reseña explicaba que en el avión viajaban trescientos pasajeros, pero que nadie había fallecido en el accidente. Había muchos lesionados, pero los reporteros no podían dar una explicación sobre la falta de difuntos. Mi reacción fue dar gracias a Dios, porque no hubo víctimas.

La noticia principal de ese día era la historia del desplome del avión. Después de pasar las aterradoras escenas del accidente, los reporteros repetían que era un milagro que no hubiese víctimas fatales. Las tomas de video enseñaban al avión partido en varias secciones. Nadie podía creer que hubiese sobrevivientes. Nadie había fallecido, tuve que admitir que el hecho era bastante extraño.

Casi al final de ese día, busqué una cafetería para tomarme un refresco. Después caminando por la avenida Lázaro Cárdenas cerca de los Arcos del Milenio empezó a lloviznar. La brizna dejó el pavimento resbaloso. Detuve mi recorrido parándome enfrente de un ventanal de una mueblería. Pasaban un partido de fútbol en una pantalla increíblemente clara, que me daba la ilusión de estar en vivo, parado en la misma orilla de la cancha.

No sabía los nombres de los contendientes, pero ambos equipos jugaban bastante bien. Giré para preguntarle sobre los equipos, a un joven que estaba parado también viendo el juego. En ese instante se escuchó un fuerte rechinado y ambos volteamos a ver lo que pasaba. Pudimos ver como dos autobuses se derrapaban por cincuenta metros. Al ver que salían chispas al desbastarse los fierros con el pavimento, me dio miedo por la vida de los pasajeros.

Los dos camiones estaban llenos de personas. Uno de los vehículos se partió en dos en el impacto. Mientras que el otro se estrelló contra un poste, estallando en llamas el motor. La gente gritaba al ver el fuego, mientras hacían lo imposible por escapar del transporte. El ambiente estaba saturado por el fuerte olor a combustible que se encontraba regado en el pavimento. Permanecían todavía muchos pasajeros en el interior del autobús, cuando se levantaron las llamas a gran altura. Pensé que muchos morirían, pero en eso empezó una lluvia muy fuerte, la cual apagó el fuego. En minutos el incendio desapareció completamente con el agua, como si fuera un milagro.

Me acerqué a ayudar a que salieran los pasajeros del autobús. Aunque algunos de ellos sufrieron quemaduras, sus lesiones no parecían de gravedad. En eso llegó la policía y los bomberos, haciéndose cargo del accidente. Me alejé y decidí regresar al hotel donde me hospedaba. No creía lo que había presenciado, menos que nadie hubiese fallecido en tan aparatoso choque. El resultado de tan impresionante accidente, sí que era un milagro.

Mientras caminaba rumbo al hotel me temblaban las manos y las piernas. Cuando llegué a la esquina volteé a ver la escena por una última vez y divisé al mismo hombre del traje negro que había visto temprano en el día. Era el individuo que me había dicho que nadie iba a morir ese fin de semana. Él inspeccionaba la escena del incidente, fumando un cigarrillo. Aparentaba estar interesado, contando los sobrevivientes.

En el momento que lo miré, él volteó a verme con una sonrisa. Después se concentró en la escena del accidente. No sé por qué, pero su presencia en el lugar me puso los pelos de punta. Decidí que era mejor alejarme del lugar.

No salí de la habitación hasta la tarde del día sábado. El cielo completamente despejado hizo que me sintiera bastante bien. Me dirigí a un parque público, donde estaban anunciados varios grupos musicales, los cuáles darían un concierto de beneficencia para la salud y el bienestar familiar. En un extremo del parque habían construido los escenarios donde presentarían a los grupos musicales. No muy lejos, se preparó un lugar para el lanzamiento de juegos pirotécnicos.

El evento musical fue extensamente promocionado a través de diferentes medios de comunicación, por lo que estaba bastante concurrido. Por lo menos llegaron al parque unas diez mil personas a disfrutar de la fiesta. Los grupos eran grandes intérpretes y autores de su propia música, la cuál era estupenda. El ambiente era bastante agradable, cuando empezó el espectáculo de los juegos pirotécnicos al obscurecer.

El público quedaba fascinado y gritaba cada vez que los dispositivos pirotécnicos hacían explosión en el cielo. Éstos presentaban efectos visuales de diferentes colores destellantes y eran seguidos por una secuencia sonora, con una finalidad lúdica. Los fuegos artificiales continuaron por un largo período de tiempo, como si nunca fueran a terminar. Al acercarse la medianoche, uno de los promotores del programa anunció por las bocinas sobre el cierre del parque a las doce en punto. Esta persona daba las gracias a la gente por haber atendido al concierto en apoyo a una causa noble. Por lo que la mayoría del público empezó a retirarse en forma ordenada.

Algunos jóvenes que se encontraban bastante intoxicados escalaron las tarimas dónde se encontraban los músicos. Al observar estos últimos a los muchachos alcoholizados que no se iban a bajar del escenario y que después empezaron a destruir la plataforma, prefirieron alejarse del lugar. No muy lejos, una batería de morteros que lanzaba los cohetes fue tirada al ras del suelo. Desafortunadamente contenían cohetes sin detonar. Por lo que, al caer, la secuencia de los morteros se activó, lanzando una serie de cohetes entre la multitud que se retiraba del concierto. Varias personas fueron heridas por las explosiones, creando un caos en el lugar del concierto. Los espectadores

se abalanzaron corriendo hacia la salida del lugar, tropezándose unos arriba de otros. Muchos jóvenes y niños fueron atropellados en el embudo que se formó en la salida del parque.

La histeria se extendió por una media hora, encontrando a muchas personas llorando o gimiendo por el dolor que les causaban sus heridas. Varios sujetos quedaron inconscientes en el momento de las explosiones, mientras que otros sufrieron quemaduras. Otros individuos quedaron tirados cuando fueron arrojados en la salida del parque, algunos inconscientes otros sollozando y gritando que los auxiliaran. Calculé que la cifra podía estar entre los cincuenta y los cien fallecidos. Así se dibujaba la escena desgarradora.

Los bomberos y la policía llegaron a establecer el orden más tarde. Para entonces muchos de los heridos ya no se encontraban en el parque, debido a que sus familiares los habían trasladado a los hospitales. Muchas personas oraban pidiéndole a Dios que no murieran sus allegados, aunque yo pensaba que era demasiado tarde para ruegos. El suceso me conmovió e impactó tanto, que pensé alejarme del lugar.

Había permanecido parado observando el suceso cerca de los escenarios del concierto, cuando divisé de nuevo al hombre del traje negro. No supe de donde surgió, pero de repente ya estaba ahí. Me quedé parado y lo estuve observando. Caminaba entre los heridos, como si revisara que todos estuvieran bien. Lo hacía tan rápido, que no parecía que les dijera nada. Solamente los inspeccionaba, para luego moverse a examinar a otros heridos. No podía apartar la vista de lo que hacía. ¿Quién era ese hombre? Aparecía siempre en los lugares, donde las tragedias acababan de ocurrir.

El individuo se detuvo ante una niña, de unos diez años de edad. El padre y la madre lloraban e imploraban por la vida de su hija. Mientras que el papá cargaba a su hija en sus brazos, la mamá exclamaba a gritos.

—¿Por qué? ¿Por qué la muerte se lleva a mi hija?

Entonces, el personaje del traje negro se acercó a la niña, soplándole lentamente en su carita. La niña inmediatamente se recuperó y los papás se tranquilizaron. Lloraron de alegría mientras abrazaban a la pequeña. El hombre empezó a alejarse de esa familia, para seguir examinando a otros heridos. Los padres de la niña ni siquiera le dieron las gracias, pareciera que no se enteraron de su presencia.

Mientras el personaje misterioso caminaba entre la gente, me encaminé hacia la salida del parque. Estaba a unos pasos del acceso, cuando escuché una voz que me decía mi nombre lentamente.

—¡Porfiriooo! ¡Porfiriooo!

Antes de salir del parque di una media vuelta, para ver a la persona que me hablaba. En eso divisé al señor del traje negro, quién al verme sonrió. Él

rápidamente se volvió para continuar contando a los heridos. Aunque no tenía miedo, me sentí algo raro, por lo que me fui rápidamente al hotel.

Lo primero que hice al llegar a mi cuarto fue encender el televisor. Estaba interesado en el informativo nocturno, tenía curiosidad sobre el número de personas que habían fallecido esa noche en el parque.

El programa de noticias locales presentó la tragedia del parque, donde habían resultado muchas personas heridas. Pero me sorprendí, cuando informaron que nadie había fallecido. Parecía que estuviesen dando noticias falsas. ¿Cómo era posible que nadie hubiese muerto? Fui testigo de la tragedia, de cómo muchas personas habían sido atropelladas y otras habían sido horriblemente quemadas por las explosiones de los cohetes. ¿Cómo se atrevía la estación de la televisión negar los decesos? Después de mirar unos minutos más, defraudado apagué el televisor.

Al día siguiente bajé a tomar un café en el lobby del hotel, donde me puse a leer el matutino. Ese periódico también negaba el fallecimiento de personas en el concierto del día anterior. Se me hacía bastante extraño, que los medios de comunicación reportaran cero fatalidades. Pues, yo había notado en el parque a un número considerable de personas en situaciones muy delicadas, para que hubiesen sobrevivido.

Mientras revisaba el periódico me dio mucha rabia, porque pensé que los medios ocultaban algo. ¿Por qué no presentaban el número de perecidos? ¿Qué ganaban con mentir? ¿Qué encubrían? Mis pensamientos daban vuelta en mi cabeza. Todo me parecía bastante sospechoso, de verdad que no entendía lo que sucedía con los medios de comunicación. En eso bajé el periódico para tomar un sorbo de café, cuando advertí sentado en el lado opuesto de mi mesa, al hombre de negro.

—Buenos días Porfirio —sonrió y me saludó—. ¿Cómo amaneciste?

Me sorprendí al verlo sentado tan cerquita de mí. Traté de mantenerme tranquilo.

—Buenos días, señor. ¿Qué lo trae por aquí?

—Ando de vacaciones.

—Perdón, ¿cómo sabe mi nombre? No pienso que ande de vacaciones. Pues ayer lo divisé trabajando entre las personas lesionadas en el parque. ¿Qué tipo de trabajo hacía usted?

—Mi trabajo es conocer todos los nombres de las personas del mundo. Ayer estuve vigilando que nadie falleciera de las heridas, que sufrieron durante el accidente en el parque.

—No creo que sepa usted los nombres de todas las personas del mundo, pero sí sé que anduvo atendiendo a los heridos. Tal vez eso significa que sea usted médico o algo así. ¿Verdad?

—Todo lo contrario, jamás me querrás ver cerca de los heridos. Soy la última persona que la gente quiere encontrar cuando hay un accidente o una catástrofe.

—No entiendo. Me dice que no quiere estar cerca de algún herido, pero ayer le observe examinando a los lesionados en el parque.

—Estuve examinando el sitio, pero no estaba trabajando. Pero no permití que nadie falleciera. Estoy de vacaciones y no tenía tiempo para abrir la puerta para el otro lado.

—¿Cómo? No entiendo. Pues, ¿quién es usted y a qué se dedica?

—Porfirio, yo soy la Muerte. Estoy de vacaciones, por eso anduve revisando a las víctimas del incidente, asegurándome que nadie agonizara. En los últimos días no me ha sobrado tiempo, para conducirlos al otro mundo. Te comenté hace unos días que nadie iba a sucumbir y punto.

Cuando este hombre me contó esto, no lo tomé en serio. Me quedé viéndole a la cara, esperando que se riera y me dijera que era una broma. Permaneció muy serio, por lo que pensé que el hombre le faltaba un tornillo. Fue entonces que resolví que sería mejor apartarme de él.

—Ha sido un placer conocerla, Muerte, pero me tengo que retirar a su humilde hogar en las afueras del pueblo. Quisiera platicar más con usted, pero tengo algo de prisa. Quizás nos volvamos a encontrar algún día.

—¡Ay! Porfirio. No existe duda que nos volveremos a ver. Pero si gustas te puedo visitar en tu casita, solamente háblame. Fíjate que me caes bien, llámame para platicar y ahí estaré. No tardes mucho, porque la próxima no será para hablar.

El individuo inspiraba tanta confianza como si en realidad fuera la muerte. Pero como así actúan los locos, ya no le presté atención. Me levanté de la mesa, regresando a mi cuarto. Empaqué mis cosas y empecé el viaje de regreso a mi modesta casa en el rancho.

Después de unos días, ya no me acordaba de aquel hombre perturbado quien decía, que él era la Muerte. La vida alejada del bullicio de la ciudad es bastante tranquila. La sencilla casita que rentaba me hacía sentir bastante cómodo y relajado. El entorno era de paz y serenidad, solo esporádicamente veía a una que otra persona que pasaban por el lugar. La naturaleza se encargaba de llenar el ambiente con música, que emiten las aves del campo al cantar, y con sonidos, que los animales del rancho prorrumpen en sus formas de comunicación.

Durante la noche, la existencia en el rancho era todavía más tranquila. Mientras todo mundo duerme, los ladridos de los perros amedrentan al peligro y a los intrusos, algunas veces imaginarios, que se encuentran lejos y a veces entrometidos en los sueños de su dueño. Mientras que las estrellas se

ocultan en la ciudad, en el rancho todas se asoman, especialmente en las noches más oscuras, cuando todas salen resplandecientes. Para mí, la vida apartada de la urbe obviamente tiene su encanto.

La vivienda se encontraba a unos cien metros de un camino de terracería, que a su vez cruzaba la carretera principal que iba hacia Guadalajara. Mi morada se encontraba a más de cien kilómetros de distancia de dicha ciudad.

Hacia el fondo de la casa, como a medio kilómetro, había un cerrito. Ahí, la persona que me rentaba el lugar había arreglado un área de descanso con varias sillas y una mesa, en donde uno podía platicar y aprovechar el vientecito fresco que corría en esa biósfera. No muy lejos de la mesa había un pozo forrado con ladrillos. En este fogón de leña podía uno preparar alimentos sin la necesidad de regresar a la vivienda. A veces después de una larga jornada de trabajo en el campo, acostumbraba subir al cerrito, en donde preparaba una parrillada de carne de res o pollo.

Con frecuencia cenaba bajo un cielo estrellado y regresaba a descansar a mi casita. Acostumbraba acompañar mis alimentos con vino y cuando se me pasaban las copas me quedaba dormido en una hamaca que había en ese lugar. Esta estaba amarrada a uno de los postes del techito, que cubría en el área de descanso las bancas y la mesa. La otra punta de la hamaca estaba sujeta a un arbolito localizado a un lado de ese comedor rústico. Ahí, recuerdo que pasé muchas noches después de mi trabajo. Era una vida simple, lejos del ajetreo de la ciudad.

Tres días después de que había regresado de Guadalajara, subí el cerrito con una botella de un vino tinto, rico y suave, que alguien me lo había recomendado. Destapé la botella y tomé unos sorbos, descubriendo que ese vino era bastante bueno. No pensaba tomar demasiado, pero después de dos copas me sorprendió la obscuridad. Al tratar de regresar a mi casita, me puse de pie y sentí que el mundo me daba vueltas alrededor de mi cabeza. Por lo que decidí esperar en el cerrito a que se me pasara el mareo.

Una hora o dos después apareció una brillante luna llena. Experimenté una profunda paz y una enorme serenidad, como si estuviera en el paraíso. Tal vez fue la tranquilidad del momento, pero de pronto me invadieron los recuerdos de amistades que hacía tiempo no veía. En uno de mis pensamientos jugaba con mi mejor amigo de la infancia, Pánfilo, quién había fallecido a mis diez años de edad. Al enfermarse, él falleció una semana después en un hospital en Guadalajara. Por muchos años extrañé a Pánfilo, tal vez porque no pude despedirme de él. Siempre andábamos juntos como hermanos, hasta el día que se fue. Yo lo apreciaba mucho, pero no supe si él pensó en mí, durante sus últimos momentos de vida.

También recordé mucho lo de mi mamacita. Ella no quería que me fuera de la casa, pero yo no le hice caso. Me alejé del hogar, marchándome a vagar por el D.F., donde poco a poco fui perdiendo comunicación con ella. No era que estuviera disgustado, pero cuando hablaba con ella por teléfono me reclamaba, diciéndome que era un malagradecido. Generalmente, me pedía que le hablara más seguido y que regresara, porque necesitaba de mi ayuda en casa.

La verdad era que no me llevaba bien con mi padrastro, aunque él siempre me trataba bien. Aunque era un buen hombre, mi orgullo no me dejaba vivir en paz. No lo quería cerca de mi madre, por lo que buscaba cualquier pretexto para pelear con él. Era un viudo, con dos hijas de 3 y 4 años de edad, unas niñas muy lindas, a las cuáles yo no les daba importancia. Me sentía tan enojado, después de una de mis llamadas, por lo que planeé regresar a verlos hasta después de ocho meses, durante las fiestas navideñas. Quería probarle a mi madre, que podía ser autosuficiente viviendo solo.

Con el dinero que obtuve, le compré a mi mamá una blusa que sabía que le iba a gustar mucho. A las niñas les conseguí unas muñecas y al viejo una camisa bastante fina. Cuando regresé a casa en diciembre con la bolsa de regalos, advertí que ya nadie vivía en la casa. Le pregunté a los vecinos que a donde se habían cambiado la familia. Me respondieron, que ya nadie vivía ahí desde hacía meses y que la familia se había movido para el D.F. Ellos buscaban a un hijo que vivía por allá. La señora, madre del muchacho, había muerto, por lo que no sabían cómo comunicarse con él. Le querían decir al joven sobre la muerte de la señora, pero no tenían su dirección.

No existían palabras para describir lo que sentí entonces, muerto y vivo al mismo tiempo. No sentía nada y no quería saber nada de nadie.

Desde ese lugar arriba del cerrito sentía la presencia de mi madrecita, pero no había forma de comunicarme con ella. En ese momento, la luna llena se escondió detrás de las nubes, tornándose la noche totalmente oscura. De la fogata emanaba una luz tenue, cuando me puse de pie para gritarle al hombre que me dijo lo invocara para platicar. Llamaba al hombre del traje negro, quién me dijo que era La Muerte.

—¡Escúchame Muerte! ¡Escúchame! ¡Necesito hablar contigo!

De repente las llamas en la fogata se elevaron hasta cinco metros de altura por un momento, para después regresar a su nivel normal sin llamas. En eso sucedió un fenómeno inexplicable, cuando vi al hombre del traje negro parado del otro lado de la fogata. Me miró sonriendo, era La Muerte. Sin decir palabra se acercó a la mesa, tomando una silla. Se quedó esperando a que lo acompañara en la mesa. Quedé sorprendido e hipnotizado por lo que había

sucedido. Al acercarme a la mesa lo miré a los ojos y tomé la silla para empezar nuestra conversación.

—Pensaba que ya no me ibas a hablar.

—No tenía razón para platicar con usted.

—¿Que sucedió? ¿Por qué cambiaste de opinión?

—Me tomé unas copas de vino y... después me sentí solo.

—¿Qué dijiste? ¿Qué la mejor compañía para un hombre solitario es la muerte...?

—La verdad es que solamente buscaba compañía, no necesariamente la de La Muerte. Debido a que tenía tu permiso para llamarle, resolví convocarle para hacerle unas preguntas. Espero que no sea una molestia.

—Muy bien Porfirio, acuérdate que estoy de vacaciones, sin mucho que hacer en mi tiempo libre. Además, no me gusta jugar golf.

Sonreí cuando lo escuché que no le gustaba jugar golf, a mí tampoco me gustaba ese juego. La Muerte era un hombre apuesto, con una complexión y una sonrisa perfecta. En su cara destellaban unos ojos negros cariñosos, de alguien que no proyectaba miedo para nada. Su cabellera negra la lucía bien peinada. Tenía un color perfecto piel canela, que no mostraba cicatrices y ni siquiera expresaba alguna arruga.

—Oiga, ¿le puedo preguntar algo?

—Sí claro, para eso estoy aquí. ¿Qué te gustaría saber?"

—¿De que murió mi mamá?

—Si piensas que murió de tristeza, estás muy equivocado. Fui por ella mientras dormía. Te aseguro que, en esa etapa de su vida, ella era muy feliz. Sí, se preocupaba por ti, pero así son todas las madres. Viven preocupadas por los hijos. Su esposo, un buen hombre, le quitaba todos los desasosiegos de la vida. Ella lo amaba y pretendió que tú también lo quisieras, así como él te estimaba. Ya sabes que no siempre fue así.

—¿Entonces, no sufrió?

—Claro que no.

Cuando me contó esto, parecía que me liberaba de una gran opresión que vivía en mi cuerpo y alma. Por años desconocí totalmente sobre las últimas horas de la vida de mi madre, por fin conocí los detalles y podía dejar esa etapa de mi vida atrás. Tenía que perdonarme yo mismo, por no haber brindado a mi padrastro la oportunidad de ser amigos.

—Oiga Muerte, ¿cómo sabe cuándo debe de ir usted por alguna persona?

—Todos están programados en mi procedimiento. Cada persona en este mundo tiene fecha de fallecimiento.

—¿De verdad? ¿Cuándo se fija la fecha en tu sistema?

—Solo Dios sabe cuándo debo recolectar a alguien.

—Así es que, ¿solo Dios sabe el día en que voy a morir?

—¡Sí! Es correcto. Todo mundo desconoce el día y hora en que va a partir de esta vida.

—No quiero saber el día en que me tengo que ir al otro lado. Si lo supiera, no pudiera estar en paz como lo estoy hoy.

—Hay muchas personas que sí anhelan conocer el día que morirán —me informó con su sonrisa familiar—. Piensan que, si conocieran su fecha de muerte, pudieran hacer una vida diferente. Por ejemplo, viajarían a un lugar que siempre han querido ir, pasarían más tiempo con sus seres queridos o les dirían más seguido que los aman.

—Oiga. ¿Cómo es la muerte? Más bien lo que le quiero preguntar, es... ¿qué sucede cuando uno fallece? ¿Es doloroso?

—No, la muerte no es dolorosa. Simplemente espero a que el alma salga del cuerpo, para abrirle la puerta para que pase al otro lado y luego procedo a cerrarla.

—¿Por qué dice que la muerte no es desgarradora? Todos sabemos que existen muchas maneras tormentosas en las que una persona puede morir. En una enfermedad puedes sufrir por largos períodos de tiempo, hasta que mueres. Otros sufren heridas o son torturados hasta el final de sus vidas. ¿Por qué dice que la muerte no es dolorosa? No entiendo.

—Ahí es donde estás equivocado. El cuerpo humano solo sufre si está vivo. Funciona como un templo dónde vive el espíritu. Cuando el cuerpo es lastimado puede tener mucho dolor, pero el alma se mantiene perfectamente intacta. No importa los detrimentos que sufra el cuerpo, el espíritu permanece perfectamente intacto, para pasar a una vida que durará por toda la eternidad. Cuando el cuerpo deja de funcionar por vejez o trauma, el espíritu sale de ese cuerpo. Es entonces que yo le abro la puerta, para que vaya a un lugar en la eternidad.

—¿Qué existe en el otro lado?

—En el otro lado encuentras la cosecha de lo que has sembrado.

—No entiendo. ¿Qué me quiere decir con eso?

—Cuando abro la puerta para que pase el alma para el otro mundo, yo no sé lo que va a ocurrir. No sé si vamos a entrar a un lugar tranquilo y sereno o a un lugar oscuro y tenebroso. Lo que si te puedo afirmar es que cuando pasa el alma para el otro mundo, no hay forma de que se vuelva abrir la puerta otra vez. La puerta queda cerrada y jamás se vuelve abrir. Cuando el lugar donde llega es tranquilo, el alma queda en un estado de felicidad, lleno de paz y serenidad. Ahí, todo es hermoso.

La Muerte se me quedó mirando y después de unos segundos, siguió contando su historia.

—Pero cuando el mundo es oscuro y tenebroso, el alma inmediatamente quiere retornar con los vivientes. El lugar es más aterrador de lo que uno pueda imaginar. El ambiente está lleno de pánico y miedo. Cuando uno no siente terror aparece una profunda e intensa tristeza. Lo más deplorable es que no existe reemplazo o relevo para esta emoción. Ahí, siempre hay tristeza, depresión y una gran agonía. Los residentes de ese lugar sufren bastante y se pasan todo el tiempo llorando y gritando en angustia. Piden perdón al Creador, pero no hay nada que se pueda hacer por ellos. Viven en el mundo que ellos mismos crearon, cosechando lo que sembraron. Esto es la maldad y la ruina, en un tiempo malgastado mientras existieron en su primera vida.

Lo que La Muerte me platicaba parecía tener mucho sentido. Tenía que preguntarle sobre los niños.

—Todo el mundo sabe que también cargas con niños. ¿Qué le pasa al espíritu de un niño?

—No te inquietes por los niños, Porfirio. Todos los niños se van derecho al cielo. No hay razón para castigar y menos lastimar a las almas inocentes.

La Muerte me miraba con una calma que no puedo describir. Pareciera que no tenía remordimiento, por las almas que se llevaba.

—Dígame, no se siente mal por quitarle la vida a una persona, en especial cuando esa persona es buena y todavía se encuentra llena de vida. ¿Por ejemplo, un joven que es bueno y que es amado por todos los que lo conocen?

—No siento nada por nadie y no importa la edad que tenga. Solamente hago mi trabajo, sin importar la edad de mi pedido. Me siento bien cuando hago mi tarea, enseñándoles la verdad de su existencia. La vida material es solamente un juego, que puede acarrear consecuencias bastantes drásticas. Esto debido a que lo que se hace en esta vida material, determina como se va a franquear la vida eterna. Te repito, el cuerpo humano es solamente el recinto donde vive el espíritu mientras deambula en la tierra, en un mundo material. Cuando el templo de carne y hueso se acaba o deja de funcionar, no queda más que pasar al lugar de la eternidad. Ahí es donde veo los espíritus llenarse de alegría o inundarse de tristeza. No determino hacia dónde va cada espíritu, yo simplemente les abro la puerta.

—Mencionas usted que todos tenemos una fecha para morir. Cuénteme, ¿nunca le han tocado personas que han pretendido esconderse de usted y que no ha podido encontrarlos?

—Aunque no lo creas, si hubo personas que trataron de esconderse de mí.

—¿Qué hicieron para escaparse?

—Bueno, cuando presienten que yo ando buscándolos, huyen lejos de dónde han vivido o del lugar donde han permanecido por mucho tiempo. Piensan que me van a confundir, pero siempre los encuentro.

—¿Qué tan cierto es que personas ya declaradas muertas han vuelto a vivir? ¿Es verdad que se puede regresar de la muerte? ¿Cómo pasa algo así o es pura imaginación de la gente?

—Sí, algunas personas que han fallecido han logrado regresar a este mundo. No he sido yo, la persona que les abrió la puerta para que regresaran a la vida. Solamente el Creador tiene el poder de abrir puertas que yo he cerrado. Solo él tiene tanto poder para hacer algo así.

—Cuando indica “Creador”, se refiere usted a Dios. ¿Verdad?

—Sí, al Creador.

—Fíjate, no entiendo porque Dios te creó. Solo tenía que hacer que todos nacióramos y estuviéramos en el cielo. No hubiese razón para vivir y morir aquí en la tierra. No hubiese la necesidad de tener una Muerte, eso sería como tener un doble trabajo.

—Créeme, ya lo intentó anteriormente.

—¿Habla en serio?

—Sí.

—Pero... ¿Cómo y cuándo?

—Antes de que hubiese el universo material, existía el cielo dónde vive el Creador, el mundo espiritual. En ese lugar todo era tan perfecto y hermoso, donde a nadie le falta nada. Ese lugar ha existido desde el principio del tiempo. Ni el mejor paraíso o vergel que existe en la tierra se le acerca a la belleza que hay en el cielo. Ahí fue donde el Creador tenía a todos sus hijos. Ni toda la belleza y hermosura en dicho lugar tan perfecto, fue suficiente para que muchos de los habitantes vivieran felices y tranquilos. Muchos se hicieron incitadores para seguir al ángel rebelde. El Creador los lanzó fuera del lugar. Fue entonces cuando creó el mundo físico y es aquí en la tierra donde sus hijos nacen hoy. Hoy en día, sus hijos tienen que ganarse el derecho para vivir en el cielo. No existe el paso automático, donde la persona nace en el cielo. Pero si es posible llegar ahí, en el caso que el alma sea buena y siga una conducta que le agrade al Creador.

—¿Qué le pasa a la persona que es mala y no sigue una buena conducta aquí en la tierra?

—Esa persona se va con el ángel rebelde y nunca logra el paraíso, lo que es el cielo.

—¿Cómo es el lugar donde existe el ángel rebelde?

—Es un lugar horrible, lleno de agonía y tristeza.

—¿Dónde está ubicado este lugar? ¿Está en otra dimensión o en el mundo espiritual?

—No, Porfirio. Ese mundo horrible existe aquí en la tierra.

—Pero no entiendo porque Dios lo pondría aquí. Si sus hijos están aquí, no creo prudente haberlo puesto en la tierra. Hubiese sido mejor haber colocado al ángel rebelde en otro lugar, donde no pudiese contaminar a la humanidad.

—Puedo ver que no entiendes la razón por la cual, el Creador arregló las cosas de esa manera.

—No, no entiendo porque lo arregló de tal modo.

—Mira, el Creador es muy bueno, pero muchos de sus hijos no saben agradecer todo lo que Él ha hecho por ellos. Es por eso que ha puesto al ángel rebelde aquí en la tierra, para que repartiera tentación sobre muchas cosas. Los hijos buenos que rechacen al demonio, obtienen el derecho de entrar al cielo, al igual que todas las personas y ángeles buenos. Estos últimos están ahí para servirles. Si los hijos son rebeldes y rechazan lo que el Creador les ofrece aquí en la tierra, entonces al morir pasan a vivir con el ángel rebelde. Como te dije anteriormente, yo no tengo nada que ver con el destino final de los que yo me llevo de la tierra. Mi trabajo es solamente abrir la puerta para el otro lado, sea para el paraíso o el infierno.

La Muerte hablaba con mucha autoridad, su manera de explicar las cosas tenía mucha razón y sensatez. Continuamos platicando sobre muchas otras cosas, dando muchos ejemplos en donde él se llevaba a la gente para su última morada. Nunca cambió su forma de ser y al final me vi obligado a preguntarle sobre mi propio destino.

—Pudiera estar equivocado, pero usted debe conocer el día de mi muerte o el día en que dejaré de vivir. ¿Verdad?

La Muerte me miró y no dijo nada. Se puso de pie y caminó a la orilla del cerrito, observando hacia el horizonte. Luego se volteó y caminó a dónde yo me había quedado sentado. Se quedó de pie y me contestó.

—No Porfirio, no sé cuándo debo venir por ti, pero si gustas me informo y regreso para decirte lo que me cuenten de tu destino final.

¿De verdad? ¿Si se puede informar y luego decirme?

—Por supuesto que sí. Te puedo decir hasta lo que vas a estar haciendo cuando venga por ti. Te daré la fecha y el lugar.

La información que la Muerte podía compartir conmigo era algo increíblemente extraño y de gran valor. Aquí tenía a la Muerte frente a mí, diciéndome que si yo gustaba podía obtener fecha, hora, y lugar de mi fallecimiento. Esto era si yo lo deseaba saber. Antes que le respondiera al hombre del traje negro, tomó la silla para sentarse de nuevo en el mismo lugar donde había estado hacía unos minutos, al otro lado de la mesa.

—Antes de que te comparta esa información, debes pensar en las consecuencias de saber tan impactante conocimiento. No tengo que decirte la presión que vas a sentir, cuando se aproxime la fecha de tu partida. Puedes

volverte loco al conocer el final de tu tiempo aquí en la tierra. Y eso, si acaso sucede en ese plazo, porque puede ocurrir un año o meses antes de la fecha exacta. La presión de saber y la impotencia de no poder hacer nada para evitar tu muerte se vuelve una gran pesadilla. Esto puede convertirse en la causa de tu muerte. Piénsalo bien Porfirio, ¿dime si todavía quieres saber tal información?

La verdad, solo pensaba en el lado positivo de tener la fecha de mi fallecimiento. Si acaso supiera que viviría otros cincuenta años, podía emprender un negocio, donde tomaría los riesgos a largo plazo. Si acaso fueran tres años, me iría a recorrer el mundo con mi novia o esposa. La fecha me ayudaría para tomar una decisión si quisiera tener hijos. No estuviera bien tener uno, si supiera que el niño iba quedar huérfano. Había cosas positivas y negativas con este conocimiento de la fecha. Antes de relacionarme con este hombre, mi vida era bastante serena e ignorante sobre lo que pasaría de un día a otro. Por lo que decidí no conocer la fecha de mi partida al otro mundo y vivir tranquilamente día tras día.

—No, no quiero conocer la fecha de mi muerte o el día de mi partida. Gracias, pero no me interesa tanto como creía.

—Muy bien Porfirio, has tomado una buena decisión.

El hombre del traje negro se puso de pie, haciendo yo lo mismo. Traté de extenderle mi mano para despedirme, pero él me la rechazó.

—No lo tomes a mal —me dijo—. Nunca toco a nadie, al menos que me lo vaya a llevar para el otro mundo. De todas maneras, ha sido un placer convivir y platicar contigo. Mis vacaciones están por terminar y tendré mucho trabajo que hacer.

No le contesté, solo lo encaminé hacia la orilla del cerrito, donde comenzaba una vereda que iba rumbo a unos cerros de gran altura. El señor del traje negro me hizo una pregunta.

—Antes de partir, ¿no tienes ninguna pregunta para mí?

—No, todo está muy bien y bastante claro. ¡Gracias por todo!

Giró y empezó a caminar por la vereda rumbo a un lugar desconocido. En un último instante, recordé sobre algo que le quería preguntar.

—¡Oiga!

Se detuvo, volteando a verme.

—Sí, dime.

—¿No volveré a verlo? ¿Verdad?

Con una sonrisa bien suave, me contestó - calmadamente.

—Porfirio, bien sabes que sí.

Me quedé mirándolo y pronto su rostro empezó a cambiar. Su fisonomía perfecta se convirtió en una calavera, mientras que su traje negro en una

túnica larga y negra. Su hermosa piel desapareció, dejando a la vista solamente sus huesos. En su mano derecha apareció una guadaña, en dónde antes no cargaba nada. No sentí miedo al verlo voltear y andar por el caminito que lo llevaría rumbo a la sierra grande. Los primeros rayos de luz del día alumbraron el horizonte. Después de unos segundos, lo divisé desaparecer para que volviera reaparecer en “quién sabe dónde”.

— *fin* —